

El Canto de los Delfines



Numero 2, 2016

La Tierra

María De Las Nieves González

El valor de la tierra

El lugar donde anido está encumbrado y con vegetación silvestre. La casa está entre laderas de un cerro nombrado Yucunitzá, quiere decir “cerro que florece” en lengua náhuatl. Sí, florece en tiempo de lluvia y viste sus lomas de blanco de una flor que llamamos cacaloxuchitl. Cuando éramos niñas, el último día del mes de mayo, subíamos a cortar ramilletes de esta flor para ofrecerlos a una virgen entre cantos y rezos.

Aquí nací, el lugar se llama Rancho Castillo y está acunado por dos emblemáticos cerros: Yucunitzá y Yudane. Atraviesan este rancho vertientes de dos ríos que fluyen solo en temporada de lluvia. Crecí, pues, entre mezquites, tehuixtles, terrenos rocosos, laderas con cactus, nopales, plantas y arbustos con espinas.

¿Qué comíamos?

Siempre comíamos productos del campo. Cuando era tiempo de lluvia, papá sembraba frijol, maíz, calabaza, tomate y cacahuate. Siempre hubo comida de esta tierra rocosa de laderas desérticas. Jamás pasamos hambre. En alguna temporada comíamos elotes, flores de calabaza, ejotes, alaches, quelites, verdolagas, nopales, pepicha, papaloquelites... unas eran plantas silvestres y otras eran cultivadas por papá. Algunas veces había algún conejo cazado por los perros. Un manjar exquisito fueron los panales de avispa en gestación asados y hechos en salsa. Contenían alto grado de proteína y grasa. Todos, la familia y nuestros animales –gallinas, pollos, guajolotes, un puerco y los perros– comíamos de lo que salía de esta tierra que parecía infértil.

Era yo una campesina adolescente cuando llegaban visitas de la ciudad y, en las conversaciones, mamá se justificaba diciendo que sus hijas no estaban bien nutridas como deberían porque éramos pobres y



comíamos como pobres... Yo, siendo mayor, me preguntaba cómo era posible creer que comíamos mal. La tierra nos daba todo. Además, la capacidad de crear, de inventar un guiso para dar de comer a una familia tan abundante era el gran mérito de mamá. ¿Cómo creer que casi todo salía de la tierra para sustentar a una numerosa familia sin acudir durante la semana a ninguna tienda para completar o hacer uso de las carnes frías que ni conocíamos entonces? Solo se iba a la ciudad cada fin de semana a traer complementos como azúcar, sal, canela, arroz, cosas para el lavado de ropa y aseo personal. La carne roja y el huevo que producían las gallinas de la casa se comían una vez a la semana y, hasta eso, en los mejores tiempos, que eran cuando las vacas producían leche, se hacía queso y requesón.

Nuestros bisabuelos y abuelos nos habían dejado pequeñas huertas de pitayas y pitajayas. La pitaya es fruta de una planta cactácea. Ya madura, sus espinas caen y nos permiten disfrutar de su jugosa pulpa. En la huerta heredada por nuestros bisabuelos las pitayas eran blancas, amarillas rojas, moradas y de variadas clases, también de olor exquisito. Las pitajayas son de tamaño grande y ya maduras, por fuera su color es rosa mexicano. Al abrirlas, su blancura decepciona, al saborearlas, recuperan su honra. También había magueyes de donde papá sacaba el pulque, “bebida que le falta un grado para ser sangre” (dicen los mayores). Magueyes y nopales son lo que más hay en estas laderas. Nuestros ancestros construyeron pretiles para evitar que la tierra se erosionara. Los pretiles son vallas de piedras alrededor de los terrenos; así se forman terrazas. De esta forma nuestros mayores siguen haciéndose presentes en nosotros. Sabiamente decía Nezahualcoyotl:

Es conveniente, es bueno:

ten cuidado de las cosas de la tierra;

haz algo, corta leña, labra el campo,

planta nopales, planta magueyes:

tendrás qué beber, qué comer, qué vestir.

Con eso estarás en pie,

serás verdadero.

Con eso andarás,

con eso te alabarán,

con eso te darás a conocer

a tus padres y parientes.

Canto náhuatl

Papá tenía abejas. Las abejas pasaban contadas veces por nuestra casa del monte. En el silencio del campo, papá o mamá oían el zumbido del enjambre a gran distancia y empezaba una gran movilización.



La Tierra

María De Las Nieves González

Sacaban brasas del fogón, que siempre estaba prendido, y quemaban copal (una resina de un árbol, equivale al incienso). Ese delicado olor y un sonidito emitido por la plancha golpeada con suavidad con una piedrita, hacía que el enjambre de abejas empezara a aquietarse, a bajar y a rodear el lugar... En ese ritual papá y mamá tenían una actitud amorosa, de ternura incomprendida por nosotros que éramos pequeños. Papá ya tenía preparado un cilindro tejido de carrizo, untado internamente con cera de abeja; ahí iban entrando poco a poco. Cuando quedaban todas internadas, papá aseguraba el cilindro con una tapa tejida de palma. Así iniciaban las abejas su labor que nunca veíamos hasta después de un tiempo, cuando decía papá, “voy a castrar las colmenas”. Entonces había miel suficiente en casa para completar nuestra alimentación.

Nuestros padres fueron adquiriendo ganado cabrío y vacuno en poca cantidad, eso les ayudaba a enfrentar cualquier gasto fuerte. Mamá criaba gallinas y para enfrentar cualquier problema, por grave que fuera, papá nunca vendió un pedazo de tierra, ni en la mayor desgracia familiar. A pesar de creer que vivíamos en la pobreza y que, según, comíamos mal, en realidad nuestra alimentación fue suficiente y muy sana; nuestra riqueza no era el dinero, era salud.

Mis padres fueron adquiriendo las tierras de mis tíos a un precio considerable. Sí, había mucha tierra que siempre nos alimentó. Y papá sabía y nos hizo sentir que la tierra no se vende... se pasa a las siguientes generaciones. El amor a la tierra fue la mayor herencia que nos dejaron. A la fecha, el hermano mayor de la familia con ochenta y cuatro años, con carrera profesional, suficientes recursos y viviendo a una gran distancia de estas tierras, cultiva jitomate, chile, pepinos, flores.

Gran parte de mi familia, incluyéndome, emigramos a los pueblos grandes para estudiar porque en este lugar no había escuelas con primaria completa. Copiosos años pasé en las ciudades. Volví a este terruño desde hace once años y ahora, con 68 años de edad, sigo viendo rica y maternal esta nuestra tierra. Mis dos hijos salieron de esta región mixteca a estudiar la preparatoria y visitaban estos lugares esporádicamente. Para ellos estas líneas:

Ven, que las flores te vean

y el rocío acaricie tus pies.

Ven, verás besar las nubes

al Yudani, al Yucunitzá.

Te avivarán gorriones, jilgueros

calandrias y chachalacas.

Ven, este nido es para ti.

Sí, el sol baña todos los días los árboles y sus flores. Cuando llega el otoño, el lomerío se cubre de cazahuates, cuando descienden sus hojas, el árbol se cubre de flores tan blancas como nieve bajo el sol sin deshacerse.

El cagal, planta temporal de flores amarillas como girasoles, cubre los campos en otoño y su tallo crece hasta dos metros de alto. Ya en flor parece como si hubiera estrellas en el planeta. Pronto aparecen otras flores amarillas utilizadas para honrar a los muertos: el cempazuchitl.

Los ancianos de nuestra comunidad

Trabajar el campo ha sido la pasión de varios campesinos ahora ya ancianos. En la comunidad donde vivo he interactuado con algunos adultos mayores para conocer la tradición oral, para escuchar ilusiones y añoranzas de estos hombres que guardan historias, en apariencia sencillas y muy interesantes.

Don Eulogio Hernández falleció hace dos meses con 95 años de edad y nos deja este testimonio de la tierra donde habitó:

“A principios del siglo antepasado, había mucha agua, tanta que pasaba un zanjón y repartía el agua por canales de madera y toda venía del Yudane, sacábamos pozos a orillas del río y ni los anillos podíamos poner porque luego saltaba el agua a borbollón, todavía ahora muchos se surten de los pozos que tienen al pie del cerro.”

El Yudane, monte bañado y fresco sólo en temporal. Las estrellas danzan en sus lomas y la luna enamorada pone ahí su casa. Así pasa una noche y otra. De día pasta el ganado, erosiona sus lomas, aun así desde hace centenares de años los labriegos transformaban su planta haciéndola un vergel, el agua iba por acequias día y noche. Hoy los jóvenes labran campos donde se habla otro idioma y los que lo vieron son tan ancianos que ya sólo contemplan...

Tío Andrés Ramos fue habitante de esta comunidad y a sus 98 años de edad nos dejó un relato, ¿Cómo se formó la comunidad de rancho Castillo?

Seis familias vinieron de diferentes aldeas aledañas a trabajar a las haciendas de los que, por muchos años, llamamos gachupines, los descendientes de españoles.

“En 1900 la comunidad era muy chiquita, había sólo veintiocho casitas. Tejíamos sombreros para vivir, hacíamos alrededor de 40 sombreros en una semana, el sombrero se pagaba a cinco centavos, con 20 centavos ya teníamos un peso, por 40 sombreros, dos pesos; mientras tanto, una maquila de maíz costaba 11 ó 12 centavos, con 2 ó 3 sombreros comprábamos una maquila de maíz. Nos mantuvimos tejiendo sombreros. Después los Peral, dueños del rancho de la Junta, rancho El Moral, rancho Castillo, empezaron a abrir zanjones, luego transformaron la tierra en terrenos de riego y empezó la siembra de anís. Sembraban anís por todas partes, había mucha agua. Era el objetivo de los mestizos. Sacaban a vender el anís por Tehuacán, para ser llevado a España y sacar tinta para la ropa. Nos decían, ‘El que ya no quiera sembrar anís le recogemos la tierra y váyanse a vivir donde quieran o puedan, ni ponen su casa en mi terreno’. Así decían los españoles a sus peones. Hicieron negocio con el anís y cuidaban su dinero”.

Años más tarde los hermanos Marina, Esperanza y Francisco Peral ofrecieron sus tierras en venta a sus peones y medieros, en dieciséis mil pesos.

Continúa nuestro interlocutor:



La Tierra

María De Las Nieves González

“Éramos seis familias, invitamos a más vecinos para reunir el dinero, nos tocaron de mil pesos. Vendimos guajolotes, gallinas, yo vendí un toro negro bonito, como pudimos reunimos en mi familia novecientos pesos, después nos repartimos la tierra”.

Así empezaron a formar una comunidad agrícola, la que ha pervivido por más de cien años y han venido tejiendo su historia llena de tradiciones y costumbres alentada por una religiosidad popular.

En los años 50, Estados Unidos necesitó mano de obra y se fueron a trabajar varios campesinos. Cuentan los mayores que pasaron la frontera sin ninguna dificultad. Tío Andrés Ramos dice que en cuatro meses ya había ahorrado ciento ochenta dólares. Adquirieron luego sus terrenos, empezaron a escavar pozos y a comprar bombas para sacar el agua.

Tío Enrique

Enrique Cruz fue campesino y murió de 99 años. En este testimonio nos recrea en esos “ayeres” como dicen ellos. Cuando se dio el asalto al cuartel en el año de 1961 en el municipio de Huajuapán de León, Oaxaca, los campesinos de rancho Castillo cortaban alfalfa, recogían frijol, rozaban zacate... El ejército invadió a varias rancherías, llevándose presos a muchos campesinos que iban recogiendo sin ninguna explicación.

“Como la mayoría éramos del PAN (Partido Acción Nacional, partido conservador) nos acusó un soldado vecino y nos llevaron hasta Oaxaca, yo por dieciocho meses y sin deber nada...”

Al salir de la prisión, don Enrique siguió sembrando chiles. Él cree que Dios lo premió y continúa, *“El que nada debe, nada teme”.*

Así estos hombres ancianos, ya fallecidos, contaron que sus terrenos, máquinas y pozos fueron comprados con dinero de Estados Unidos. Continúa su narración Enrique Cruz:

“Yo sólo tenía un buey, con perdón tuyo”. Su esposa agrega, “Cuando yo me casé con este hombre, él no tenía ni dónde caer muerto, ni él ni yo, y por de malas mis papás a mí no me dieron herencia. Nada, nada me dieron”. Su padre era poseedor de muchas tierras fértiles, sólo los hijos varones recibían herencia y a la fecha continúa esta costumbre en varias familias de esta comunidad.

Dice tío Enrique,

“Cuando fui al Norte, vi cómo los americanos sembraban el chile. Yo le pregunté a la americana: -¿Por qué los sembraste tan cortito el paso? Ella me dijo, ‘Cuando viene el viento, una planta con otra se protegen.’ Se desperdiciaba mucho la tierra, ora está tupidito, hasta rinde la mazorca.”

Y continúa,

“Yo les digo a mis nietos: cuando vayan al Norte, afijense cómo siembran los americanos, no nomás vayan a ganar dólares. Allá no ocupan yunta de bueyes ni de caballos, pura máquina y lo hacen bien hecho. Copien algo de allá, fíjense cómo siembran jitomate, chile, cebolla y aprendan a manejar algo, ya que el abuelo baboso no sabe manejar ni una bicicleta, siquiera que ustedes sean chingones. Los americanos no lo hacen, pero lo enseñan a los mexicanos que así se trabaja, quien no lo sabe hacer, lo cortan o no le dan trabajo. En el Norte, con perdón tuyo, allá sí se trabaja, allá sí, uno no se hace

pendejo. Apenas se va el dueño y se para uno tantito, ¡no! Apenas se para uno tantito y te dicen, 'Dóblate, no queremos postes',” y se pone a reír.

“Y tampoco les gusta que vaya uno platicando, como es mucha la gente, como veinte hombres... Callada la boca. Si ven que uno platica, lo sacan de ahí y lo ponen acá pa’ que no platique. Te gritan, ‘A trabajar!’”

“El campo no creas que a todos les gusta. A la juventud de ahora... Su gusto de ellos es tener un carro (ser taxista) porque el dinero sale a cada rato y del campo a los cinco o seis meses, si se dio. La juventud ya no trabaja, mejor buscan otro negocio”.

Conclusión

Creo que la manera como alimentemos nuestro cuerpo en cualquier época de nuestra vida determina quiénes somos. Con frecuencia vemos a las niñas, a los niños, a los jóvenes comer cualquier cosa para mitigar su hambre. Cocinar puede ser un arte y tan pocas veces se hace. Ahora, en los supermercados de las grandes ciudades encontramos comida rápida. Los pequeños de los pueblos y del campo comen, en general, una rebanada de jamón dentro de dos de Bimbo, y si lleva una de jitomate u otras verduras, las tiran.

Educar en la familia, en la escuela, en la iglesia y en la sociedad implica seducir, invitar, ofrecer a los educandos a amarse cuidando lo que comen. Ojalá que influyamos en las jóvenes generaciones para volver a amar la tierra que siempre nos espera, y que la hagamos germinar como la madre que siempre nos ha alimentado.

Sobre La Autora

Nieves nació en Rancho Castillo, agencia de Huajuapán de León, Oaxaca, en agosto de 1947. Estudió en la Normal Primaria en la Federación de Escuelas Particulares (FEP) en la Ciudad de México. En 2005 egresó de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla como licenciada en lingüística y literatura hispánica. Por cincuenta años se ha dedicado a trabajar a nivel primaria. Hace veintinueve años fundó una escuela primaria con el anhelo de que los estudiantes vivieran ahí en alegría, libertad, responsabilidad, cuidado, y amor al medio ambiente.

